

## XIII.

LUIS CARNIGLIA.

Quiero hablar un poco de Luis. — ¡Y porque es un simple marinero, no deberé hablar de él? Porque no estaba... ¡Oh! yo os respondo, su alma era noble, sostenía en toda circunstancia y en todo lugar el honor italiano; noble para contrarrestar las tempestades de todo género, noble, en fin, para protegerme, para guardarme, para cuidarme, como lo hubiera hecho con su hijo! Cuando en mi larga agonía yacía yo sobre mi cama de dolor; cuando abandonado de todos deliraba el delirio de la muerte, permanecía sentado á la cabecera de mi cama con el amor y la paciencia de un ángel, sin dejarme un instante sino para ir á llorar y ocultarme sus lágrimas. ¡Oh Luis! tus huesos, esparcidos en los abismos del Atlántico, merecen que el proscrito reconocido pudiera un día darte en ejemplo á tus conciudadanos, y devolverte esas lágrimas piadosas que tú derramaste sobre él, en el lecho de su dolor!

Luis Carniglia era natural de Deiva, pequeño

pueblo de la ribera del Levante. No habia recibido instruccion literaria, pero suplía este defecto con una maravillosa inteligencia. Privado de todos los conocimientos náuticos que hacen al piloto, conducía los buques hasta Gualeguay, con la habilidad y suerte de un piloto consumado. En el combate que acabo de referir, fué á él particularmente á quien debimos la suerte de escapar de las manos del enemigo; armado de un trabuco en el punto mas peligroso, fué el terror de los sitiadores. Alto de estatura, robusto de cuerpo, reunía la agilidad al vigor. Dulce hasta la ternura en el curso habitual de la vida, tenia ese don raro de hacerse querer de todos. ¡Ay! los mejores hijos de nuestra desgraciada patria acaban así en medio de los extranjeros, sin tener el consuelo de una lágrima..., olvidados.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

## XIV.

## PRISIONERO.

Estuve diez y nueve dias sin otra asistencia que la que me daba Luis Carniglia.

Al cabo de diez y nueve dias llegamos á Gualaguay.

Habíamos hallado en la embocadura del Ibiquí, brazo del Paraná, un buque mandado por el mahonés Don Lucas Tartaulo, excelente hombre, que tuvo toda especie de consideraciones conmigo, dándome todo cuanto él creyó que podia ser útil á mi estado de salud y á la subsistencia de la tripulación.

Todo cuanto me ofreció fué aceptado, puesto que carecíamos enteramente de todo en la goleta, excepto de café; así, ponian el café en toda clase de salsas, sin pensar si el café era para mí una bebida sana y una droga eficaz. Habia comenzado por una espantosa calentura, acompañada de una dificultad de tragar que casi rayaba en lo imposible. Esto no era extraño, por cuanto la bala habia pasado de un lado al otro del cuello, entre las vértebras cervicales y

la faringe; ocho ó diez dias despues, calmó la calentura y comencé á comer algo.

Don Lucas hizo mas al despedirse de nosotros; él y uno de sus pasajeros llamado de Arragaida, vizcaíno, establecido en América, nos dieron cartas de recomendacion para Gualaguay, y particularmente para el gobernador de la provincia de Entre Rios, Don Pascual Echagüe, que debiendo hacer un viaje, le dejó su propio médico, Don Ramon de Larea, jóven argentino de gran mérito, quien habiendo examinado mi herida por el lado opuesto por donde entró la bala, procedió á su extraccion que ejecutó con suma habilidad, haciéndome una incision; sin embargo, aunque ya estaba fuera de peligro, siguió cuidándome hasta mi completo restablecimiento con mucho afecto y desinterés, pues no me llevó nada por la cura.

Permanecí seis meses en Gualaguay, y durante este tiempo demoré en la casa de don Jacinto Andreas. Así él como su familia me prodigaron consideraciones infinitas y urbanidades las mas delicadas y afectuosas.

Empero, yo estaba prisionero ó poco menos. A pesar de toda la buena voluntad del gobernador don Pascual Echagüe, y el interés que me inspiraba la galante poblacion de Gualaguay, estaba yo

obligado á esperar la decision del dictador de Buenos Aires , que no decidia nada.

El dictador de Buenos Aires en esta época era Rosas , de quien nos ocuparemos despues al hablar de Montevideo.

Curado de mi herida, principié á pasearme; pero por orden de la autoridad , mis excursiones estaban limitadas. En cambio de mi goleta confiscada , me pasaban un escudo por dia; lo que era mucho en un país en donde , además que se vive por poco , no se halla ninguna ocasion de gastar. Empero todo esto no valia mi libertad. Sin duda que el escudo que me daban por dia era una carga para el gobierno , puesto que me hicieron proposiciones para fugarme ; pero las personas que me las hicieron , sin duda alguna de buena fe , eran sin saberlo agentes provocadores. Me decian que el gobierno veria mi fuga sin disgusto. No era necesario hacerme violencia para que yo adoptara una resolucion que mi imaginacion habia ya proyectado. El gobernador de Gualaguay , desde que marchó don Pascual Echagüe , era un cierto Leonardo Millan , que hasta entonces no habia sido para mí ni bueno ni malo; cierlo es que , desde el dia de nuestra llegada , no tuve ningun motivo para quejarme de él , aunque me manifestó poco interés.

Me decidí pues á escaparme , y con este objeto di principio á los preparativos , á fin de estar pronto á la primera ocasion que se presentara. Al efecto una tarde de tempestad , me dirigí á la casa de un hombre de bien á quien yo tenia costumbre de visitar , á tres leguas del pueblo , cuando dirigia por allí mis paseos. Esta vez le confié mi resolucion , rogándole que me buscara un guia y caballos con que poder pasar á una quinta habitada por un inglés , situada á la orilla izquierda del Paraná. Allí creia que no seria dificil encontrar un buque que me transportara de incógnito á Buenos Aires ó á Montevideo. El buen hombre halló luego guia y caballos , y nos pusimos en marcha por fuera de camino á fin de no ser vistos. Teníamos que andar cincuenta millas , que podian hacerse en la mitad de una noche , galopando sin cesar.

Al amanecer , nos hallábamos á la vista de Ibiqui , distante una media legua del rio. Allí me dijo el guia que era prudente hacer alto en una especie de barranco inmediato , mientras él iba á explorar el terreno.

Consentí en ello y quedé solo.

Me apeé del caballo , até la brida á la rama de un árbol y me eché á su sombra. En este estado lo estuve esperando dos ó tres horas ; mas viendo que

mi guía no volvía, me levanté y resolví ir á la mojonera del *maquis*, que estaba cerca de allí. Aun no había llegado, cuando oí detrás de mí un tiro de fusil y el silbido de una bala que cayó sobre la yerba; miré al punto y ví un destacamento de caballería que me seguía con sable en mano y ya interpuesto entre mí y mi caballo.

Imposible me era el escapar é inútil el defenderme. — Así me rendí sin resistencia.

## XV.

## EL TRATO DE CUERDA.

Atado con las manos detrás me montaron á caballo, y en este estado me ligaron los piés á la cincha del caballo.

De este modo fuí conducido á Gualeguay, donde, como se verá luego, me esperaba peor trato.

No se me acusará de demasiada sensibilidad; pero forzoso es confesarlo, siento estremecerme cada vez que recuerdo esta circunstancia de mi vida.

Conducido á su presencia, don Leonardo Millan me intimó que delatará á los individuos que me habían procurado los medios de escaparme. Inútil es decir que mi respuesta fué, que yo solo había preparado y ejecutado mi fuga; entonces, como estaba atado, y don Leonardo Millan nada podía temer, se acercó á mí y comenzó á darme una mano de palos con el látigo que llevaba. En seguida, creyéndome ya intimidado, renovó sus preguntas y yo mis negaciones.

Entonces ordenó que se me llevara á la cárcel, añadiendo al oído de los que me conducían algunas palabras pronunciadas con voz baja.

Estas palabras eran la órden del tormento á que luego me sometieron.

Al llegar al cuarto que me estaba destinado, los guardas, dejándome con las manos atadas segun lo estaba, me ligaron las muñecas con otra cuerda gruesa y larga, de cuyo extremo opuesto, pasado por encima de una viga, tiraron hasta que me suspendieron á cinco piés del suelo.

Entonces entró don Leonardo en mi cárcel y me preguntó si queria decir la verdad.

No pudiendo mas que escupirle, le escupí en la cara.

Está muy bien, dijo retirándose; cuando el preso quiera confesar, me llamaréis, pues solo cuando haya confesado lo descenderéis á tierra.

Dicho esto salió del cuarto.

Dos horas estuve así suspendido. Todo el peso de mi cuerpo gravitaba sobre mis muñecas, que vertian sangre, y sobre mis espaldas dislocadas.

Todo mi cuerpo ardia como un volcan; á cada instante pedia agua, y, mas humanos que mi verdugo, los guardas me la daban; empero, al entrar el agua en mi estómago, se desecaba como cuando se echa sobre una plancha de hierro candente.

Nadie podrá hacerse una idea de lo que sufrí sino leyendo los tormentos dados á los prisioneros de la

edad-media. En fin, al cabo de dos horas de martirio, mis guardas tuvieron compasion de mí, ó creyéndome muerto, me bajaron; pero caí por el suelo desfallecido.

No era mas que una masa inerte, sin otro sentimiento que un sordo y profundo dolor, un cadáver ó poco menos.

En esta situacion y sin que tuviese la conciencia de lo que hacian conmigo, me pusieron en el cepo.

Habia hecho cincuenta millas atravesando pantanos y atado de piés y manos; los mosquitos insoportables, especialmente en aquella estacion, me llagaron cara y manos; habia sufrido durante dos horas un espantoso tormento, y cuando volví en mí me hallé al lado de un asesino.

Aunque en medio de tantos tormentos no pronuncié ni una sola palabra, y que desde luego don Jacinto Andreas no habia tenido parte en mi fuga, con todo fué preso arbitrariamente con escándalo y temor del país consternado.

Yo hubiera muerto sin los cuidados de una mujer que fué para mí un ángel de caridad, la que despreciando toda suerte de temor vino al socorro de un infeliz atormentado.

Se llamaba Madama Alleman; y, gracias á esta dulce bienhechora, nada me faltó en la cárcel.

Pocos dias despues, el gobierno, viendo que era inútil el comenzar de nuevo el tormento para hacerme hablar, y conociendo que moriria antes que delatar á ninguno de mis amigos, no quiso probablemente tomar la responsabilidad de mi muerte, y en su consecuencia me hizo conducir á Bajada, capital de la provincia.

Allí estuve dos meses en la cárcel, despues de los cuales, me dijo el gobernador que quedaba en libertad para salir de la provincia. Aunque profeso opiniones opuestas á las de Echagüe y que me he batido mas de una vez contra él, le estoy muy agradecido por su buen trato, y ahora quisiera poder darle una prueba de mi reconocimiento por todo lo que ha hecho en mi favor y sobre todo por haberme puesto en libertad.

Mas tarde, la suerte hizo caer entre mis manos todos los jefes militares de Gualeguay, y todos fueron puestos en libertad sin hacerles el menor agravio en sus personas ni en sus bienes.

Respecto de don Leonardo Millan, no quise verle temiendo que su presencia, recordándome su crueldad, no me hiciese cometer alguna accion indigna de mí.

## XVI.

## VIAJE Á LA PROVINCIA DE RIO GRANDE.

En Bajada me embarqué en un bergantin italiano, cuyo capitan Ventura era un hombre recomendable y digno bajo todos conceptos; me trató con una generosidad caballeresca y me condujo hasta la embocadura del Iguam, afluente del Paraná, de donde seguí para Montevideo en la balandra mandada por Pascual Carbona.

La caprichosa fortuna me favorecia entonces, y así no es extraño que tambien este capitan me tratase con bondad y afecto.

Las dichas como las desgracias van de tropel; apenas estas me abandonaron momentáneamente que aquellas me sonreian sin interrupcion.

En Montevideo hallé una infinidad de amigos, entre los cuales debo distinguir á Juan Bautista Cuñeo y á Napoleon Castellini. En seguida tuve la satisfaccion de abrazar á Rossetti, que dejé en Montevideo y de cuya ciudad pasó á Rio Grande, donde tuvo un fraternal acogimiento; de aquí vino á Bajada á reunirse conmigo.

Mi proscripción continuaba siempre en Montevideo. La resistencia contra las lancionas y la gente que les matamos, era un pretexto especioso para mantenerla. Así tuve que esconderme en la casa de mi amigo Pesante, donde permanecí durante un mes.

Sin embargo, mi posición era del todo soportable; dulcificábanla las visitas de numerosos compatriotas que en esta época de paz y de prosperidad se habían establecido en el país, y daban á sus amigos del viejo mundo una hospitalidad generosa. La guerra y sobre todo el sitio de Montevideo cambiaron la posición de la mayor parte de ellos, y de buena que ella era, la hicieron mala. ¡Pobres gentes! los he compadecido muchas veces; pero desgraciadamente no podía hacer otra cosa mas que compadecerlos.

Al cabo de un mes, habiendo llegado el tiempo de ponerme en marcha, partimos Rossetti y yo para Rio Grande. Nuestro viaje debía hacerse, y en efecto lo hicimos, á caballo, circunstancia que fué una grande alegría y un gran placer para mí.

Viajábamos á *escotero*, como se dice vulgarmente.

Expliquemos pues lo que significa esta manera de viajar que con la rapidez con que se marcha, deja

muy atrás al correo, por mas veloz que sea en los países civilizados.

Aunque no sean mas que dos, tres ó cuatro personas, se viaja con veinte caballos acostumbrados á seguir á los que llevan el peso del jinete; cuando este siente el freno del caballo fatigado, entonces se apea y poniendo la silla sobre otro caballo libre, lo monta, hace al galope tres ó cuatro leguas y despues monta otro, y así sucesivamente hasta que hace alto para descansar.

Durante el corto descanso que hacen los jinetes para cambiar de caballo, toda la manada engulle algunas mazorcas de yerba y bebe si halla agua. No se come mas que dos veces al dia, por la mañana y por la tarde.

De este modo llegamos á Piratinin, residencia del gobierno de Rio Grande, cuya capital es Porto Alegre; empero como se hallaba en poder de los imperiales, la administración de la república habia tenido que trasladarse á Piratinin.

Por cierto que Piratinin, con su doble region, es un país de los mas hermosos del mundo; region de llanuras inmensas, region de montañas majestuosas y bellas.

La region de las llanuras es completamente tropical; allí brotan la banana, la caña de azúcar y el

naranjo. Entre los troncos de estos árboles y de estas plantas trepan la culebra de cascabel, las serpientes negra y de coral; allí, como en los junqueros de la India, saltan el tigre, el jaguar y el puma, leon inofensivo de la estatura de un perro gordo de San Bernardo.

La region de las montañas es temperada como mi buen clima de Niza; allí se cogen el melocoton, la pera, la ciruela y todas las frutas de Europa; allí brotan esos magníficos bosques que pluma alguna podrá nunca describir con exactitud, y esos pinos, derechos como los palos del navío, de doscientos piés de alto, y tan gruesos que cinco ó seis hombres apenas pueden abarcar el tronco. A la sombra de estos pinos germinan los tacuaros, cañas gigantes que, semejantes á los helechos del mundo antediluviano, tienen ochenta piés de elevacion y hojas mas compactas y gruesas que el cuerpo de un hombre; allí brotan *la barba de pao*, ó la barba de los árboles, que sirve de servillela, y sus bejucos que, por sus multiplicados enlaces, hacen los bosques inextinguibles; allí, en medio de esos rasos llamados *campestres*, se levantan Lima da Serra, Vaccaria, Lages; tres ciudades populosas, ó mas bien tres ricos y extensos departamentos cuya poblacion caucasiana y de origen portugués es de una hospitalidad homérica.

Allí el viajero no necesita decir una palabra ni pedir nada para subvenir á las necesidades de la vida. Entra en la casa, va derechito al cuarto de los huéspedes, y á su vista los criados vienen sin llamarlos, descalzan y lavan los piés al viajero, que permanece en ella el tiempo que quiere y se marcha cuando se le antoja, muchas veces sin decir á Dios ni dar las gracias, y á pesar de este olvido, el que llega despues, no es peor recibido que el que acababa de marcharse.

Por fin, todo allí presenta la juventud de la naturaleza, la mañana de la humanidad.

## XVII.

## LA LAGUNA DE LOS PATOS.

A mi llegada á Piratinin, el gobierno de la república me acogió con señaladas muestras de consideración. Bento Gonzales, — verdadero caballero errante del siglo de Carlo Magno, hermano por su bello corazón de los Oliveros y de los Rolandos, vigoroso, ágil y leal como ellos, verdadero centauro, manejando un caballo como no lo he visto manejar á nadie sino al general Netto, — modelo perfecto de un buen jinete, — se hallaba ausente y en marcha, á la cabeza de una brigada de caballería, para combatir á Sylva Tanaris, jefe imperialista que, habiendo atravesado el canal de San Gonzales, infestaba esta parte de la provincia. Piratinin, entonces residencia del gobierno republicano, es un pequeño pueblo muy hermoso por su posición alpestre, cabeza del departamento que toma su nombre, y recibe su fuerza de una población belicosa, muy adicta á la causa de la libertad.

En su ausencia pues, el ministro de hacienda Almeida fué quien me hizo los honores de la ciudad.

Una palabra sobre Rio Grande, que se podrá creer, como lo indica su nombre, situado sobre la corriente de un gran río, ó ser él mismo un gran río.

Rio Grande es la laguna de los Patos; — tiene unas treinta leguas de largo aproximadamente. A parte de algunas hondonadas de que nos ocuparemos luego, tiene mucho fondo y está poblada de caimanes; la forman cinco rios que afluyen por el extremo del norte, y presenta una verdadera mano, cuyos dedos son dichos afluentes y la palma el cabo de la laguna.

Hay un sitio de donde se ven los cinco rios á la vez, los cuales se llaman por esta razón *Viamao*, esto es, yo he visto la mano.

*Viamao* habia cambiado de nombre en *Settembrina*, en conmemoración de la república proclamada en setiembre.

Hallándome desocupado en Piratinin, pedí para pasar á la columna de operaciones que se dirigía á San Gonzales, donde se hallaba el presidente. Allí fué donde ví por primera vez á este valiente en cuya compañía é intimidad permanecí algunos días. Era verdaderamente el hijo mimado de la naturaleza, pues le habia dotado de todo cuanto necesita el hombre para ser un verdadero héroe. — Bento Gonzales tenia sesenta años cuando le conocí. Alto y esbelto,

montaba á caballo, como queda dicho, con gracia y facilidad admirables. Montado á caballo, solo representaba veinte y cinco años. — Valiente y feliz, no hubiera vacilado un instante como el caballero del Ariosto en atacar á un gigante, aunque hubiera tenido la estatura de Polifemo y la armadura de Ferragus. — Él fué el primero que dió el grito de guerra, no con el objeto de su personal ambicion, sino como todos los hijos de ese pueblo belicoso. Su vida en el campo era como la del último habitante de las praderas : carne asada y agua pura, tal era su alimento. — El primer día que nos vimos, me convidó á su frugal comida, y hablamos con tanta familiaridad como si hubiéramos sido compañeros de infancia y enteramente iguales. Con tantos dones naturales y adquiridos, Bento Gonzales era el ídolo de sus conciudadanos; y, cosa extraña, con tantos dones, fué siempre desgraciado en sus empresas de guerra, circunstancia que me ha hecho siempre creer, que la casualidad entra por mucho mas que el genio en los sucesos de la guerra y por lo tanto en la fortuna de los héroes.

Yo seguí la columna hasta Camodos, — paso del canal de San Gonzales, que vuelve á confluír con la laguna de Los Patos en Merin. Sylva Tanaris se habia retirado precipitadamente cuando supo

que se acercaba una columna del ejército republicano.

No habiendo podido reunirme con él, el presidente se volvió atrás, y yo debiendo seguir su movimiento, volví á tomar en su compañía el camino de Piratinin.

En este tiempo recibimos la noticia de la batalla de Rio Pardo, en la cual el ejército imperial fué completamente batido por los republicanos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1825 MONTERREY, MEXICO

## XVIII.

## ARMAMENTO DE LAS LANCIONAS EN CAMACUA.

Llegados á Piratinin, el presidente me encargó del armamento de las dos lancionas que se hallaban sobre el Camacua, rio paralelo al canal de San Gonzales, y que, á su ejemplo, tambien desemboca en la laguna de los Patos.

Yo habia reunido, así de los marineros llegados de Montevideo como de los que se hallaban en Piratinin, una treintena de hombres. Inútil es decir que, desgraciadamente para él, mi querido Luis Carniglia estaba tambien conmigo. Además, tenia como nuevo recluta un francés colosal, natural de la Bretaña, á quien llamábamos Juan el Gordo, y otro llamado Francisco, verdadero pirata, digno *hermano de la costa*.

Llegamos pues á Camacua: allí hallamos un americano, llamado John Griggs, que habitando una quinta de Bento Gonzales, se hallaba vigilando la conclusion de dos sloops.

Por fin, se me confirió el mando de esta armada

aun en construccion, con el grado de *capitan teniente*.

Era una cosa curiosa esta construccion, que hacia honor á la notoria persistencia americana. Iban á buscar la madera á un lado y el hierro á otro; dos ó tres carpinteros cortaban la madera, y un mulato forjaba el hierro. Así fué como los dos sloops habian sido fabricados, desde los clavos hasta los cercos de hierro de los palos.

Al cabo de dos meses, la armada se hallaba dispuesta á darse á la vela.

Se armaron los buques con dos pequeñas piezas de bronce; cuarenta negros ó mulatos aumentaron la fuerza que componian, ascendiendo así la matrícula de los dos equipajes al número de setenta hombres.

Las lancionas podian ser de quince á diez toneladas la una, y de doce á quince la otra.

Yo tomé el mando de la mas grande, que bautizamos con el nombre de *Rio Pardo*.

John Griggs tomó el mando de la otra, que se llamó *la Republicana*.

Rossetti se quedó en Piratinin, encargado de la redaccion del periódico *el Pueblo*.

Tan pronto como se concluyó la construccion, comenzamos á correr la laguna de los Patos. Pasá-

ronse algunos dias en hacer apresamientos insignificantes.

Los imperiales tenian para oponerse á nuestros dos sloops, que, como queda dicho, no pasaban ambos de veinte y ocho toneladas, treinta buques de guerra y un vapor.

Empero nosotros ocupábamos las honduras.

La laguna no era navegable, para los grandes buques, mas que en una especie de canal que costaba la orilla oriental de la laguna.

Por el lado opuesto, el suelo estaba dividido en pendientes, y nosotros mismos, á pesar de la poca agua que calábamos, nos vimos precisados á encallar á treinta pasos antes de llegar á la orilla.

Los alfaques de arena se avanzaban por la laguna poco mas ó menos como los dientes de un peine, pues solamente se diferenciaban en que estos dientes estaban muy separados el uno del otro.

Cuando nos veíamos obligados á encallar, porque el cañon de un buque de guerra ó de un vapor nos incomodaba, yo gritaba inmediatamente:

— ¡Vamos al agua, patos míos!

Entonces mis patos se echaban al agua, y á fuerza de brazos se sublevaba la lanciona y se llevaba al otro lado de los alfaques.

En medio de todo esto, apresamos un buque ri-

camente cargado, que condujimos á la costa occidental del lago, cerca de Camacua, y allí despues de haber sacado de él todo lo que nos fué posible, lo quemamos.

Era la primera presa que hicimos de algun valor, y por lo mismo regocijó muchísimo á nuestra pequeña marina.

Desde luego cada uno tuvo su parte del botin, y con lo que reservé, mandé hacer uniformes para mi gente. Los imperiales, que nos habian despreciado mucho y que en toda ocasion se burlaban de nosotros, comenzaron á comprender nuestra importancia en la laguna, y en consecuencia emplearon muchos buques para proteger su comercio. La vida que llevábamos era activa y muy peligrosa, á causa de la superioridad numérica de nuestro enemigo, pero al mismo tiempo afectuosa, pintoresca y en armonía con mi carácter. No éramos solamente marinos, éramos tambien, en caso de necesidad, jinetes; en el momento del peligro, hallábamos tantos y mas caballos que necesitábamos, y en veinte y cuatro horas podíamos formar un escuadron poco elegante, pero terrible. Por todo lo largo de la laguna se hallaban cortijos que sus propietarios abandonaron á causa de la guerra, dejando en ellos ganados de toda clase, monturas y comida,

que no dejamos perder, como puede concebirse; además en todos estos cortijos habia pedazos de tierra cultivada, y cogíamos trigo en abundancia, patatas dulces, y á menudo excelentes naranjas, pues este paraje producía las mejores de toda la América del Sur. La horda que me acompañaba, se componía de hombres de todos colores y de todas naciones. Yo la trataba con una bondad acaso fuera de estacion con semejantes hombres; — pero puedo afirmar una cosa, y es que nunca he tenido que arrepentirme de esta bondad, pues cada uno obedecía á mi primera orden, y no me pusieron jamás en la necesidad de fatigarme ni de castigar á ninguno.

## XIX.

## EL CORTIJO DE LA BARRA.

Sobre el Camacua, en donde teníamos nuestro pequeño arsenal y de donde salió la flotilla republicana, habitaban, extendiéndose sobre una inmensa superficie, todas las familias de los hermanos de Bento Gonzales y algunos parientes mas lejanos; ganados sin número pacían en esas magníficas llanuras que la guerra habia respetado, á causa de hallarse fuera del alcance de su mano destructora.

Los productos agrícolas se cogían con tal abundancia, que no se puede hacer una idea cabal en Europa. Ya he dicho en otro capítulo que en ningún país de la tierra se podrá hallar una hospitalidad mas franca y mas cordial; pues esta hospitalidad la hallábamos nosotros en esas casas, donde existía la mas completa simpatía.

Los cortijos pues de que, á causa de su proximidad al rio y de la buena acogida que estábamos seguros de hallar en ellos, nos hacíamos mas particularmente los huéspedes, eran los de doña Ana y de doña Antonia, hermanas del presidente. Estaban si-